MELODÍAS INDÍGENAS

A mi querido Tío
el Doctor Don Nicolás Martínez

J. León Mera

A CORI DESDEÑOSA

Linda doncella, Cori adorada,
El sol ardiente la tez morena
Te dió, y la luna la luz serena
De tu mirar;
Tiñó tus crenchas noche atezada,
Pintó tus lábios la rósea aurora,
Te dió su talle la cimbradora
Palma real;

Las tiernas aves de la montaña
Te han enseñado gratos cantares,
Gracias te han dado los tutelares
Génios del bien;
Miel en tu lengua la dulce caña
Vertió, y la brisa que entre las flores
Vuela á tu aliento dió los olores
De algún clavel;

Pero ¡ay! los Andes cuando naciste
Alma de crudo hielo te han dado,
Y de sus rocas ¡ay! han labrado

Tu corazón;
Pues no te inflamas de ver al triste
Yupanqui en llanto por tí deshecho,
Ni su gemido mueve tu pecho
Que nunca amó.

TUS OJOS

Hoy en la alta cumbre te ví del *Yahuira*,
Cuando el sol de oro que en el templo está
El sol de los cielos con rayos de fuego
Bañando la frente la hacía brillar.

Yo de entrambos soles—el dios y su imágen—
Con mirada absorta contemplé la faz;
Mas viendo en seguida la tuya, bien mío,
Tus ojos divinos me encantaron más.

Si por esta culpa quisiere el padre inca
De Quito en la plaza mandarme colgar,
—Antes, le diria, que lo hagas, te ruego
Que mires los ojos de la hija de Humán.

¡Oh hijo de los dioses y rey poderoso!
Si entonces no en tu alma sucumbe la paz
Y amor en tu pecho no enciende una hoguera,
Daré sin disgusto mi cuello al dogal.

LAS PRENDAS

Umbríos bosques, pardas montañas,
Limpios arroyos murmuradores,
Campos vestidos de grama y flores,
Canosas aves, ¡feliz ya soy!
Quiero contaros cuál es mi dicha,
Cuál el delirio de mi contento;
Que el pecho mío, sino os lo cuento,
Va de emociones á estallar hoy.

La hija del sabio grande adivino
Que ha veinte lunas duerme en la *tola;*
La que en la selva, cazando sola,
A un feroz tigre rompió el testuz;
La en la carrera siempre triunfante,
La que las ondas nadando humilla,
La que en las fiestas cual nadie brilla,
Trozo de cielo bañado en luz;

La que á desdenes me asesinaba
Cuando le abría mi amante pecho;
La que... ¡Oh ventura! ¿Sabéis qué ha hecho?

¡Lo creo apenas de su altivez!
Esta mañana, junto á la fuente
Que al pié del viejo molle borbota,
La hallé posada como gaviota
Que aguarda inmóvil asome el pez.

Vióme al soslayo con dulce modo;
Yo sorprendido tomé una bella
Flor y á su falda tiréla, y ella
La alzó y al lindo labio acercó.
Tímida luego me dió otra en cambio;
Y en voz me dijo suave, amorosa:
—Hé aquí mi prenda: seré tu esposa;
Al *uma-raimi* no faltes, no.—

Umbríos bosques, pardas montañas,
Limpios arroyos murmuradores,
Campos vestidos de grama y flores,
Canosas aves, ¡cuán feliz soy!
Para la fiesta diez soles faltan;
¡Pasen veloces!... Al dios propicio
A mis amores, en sacrificio
Dos negros pacos á darle voy.

LA INDIA ORGULLOSA

« ¡Unirme á tí! decía
La bella Glura á Turpi el guerreador;
¡Cuán necia es tu porfía!
¿No vés que mancharía
Mi noble raza tu ruín amor?

Del bosque la palmera
Quiere á la palma que á su lado ve;
Mas desdeña altanera
Amar á la rastrera
Planta que besa tímida su pié.

Mi padre descendiente
De un cóndor fué, mi madre de un *nandú;* (48)
Y una infame serpiente
Fué el tronco de la gente
De quien, pobre amador, desciendes tú.»

«No sé cuál fué mi cuna,
El amante ofendido contestó;
Mas sé, por mi fortuna,

Que no hay pujanza alguna
Que el arco encorve que manejo yo;

Que ninguna ha postrado
Más enemigos que mi lanza sé.
¿Quién como yo ha tornado
De trofeos cargado?
¿Quién se atreve á pisar donde pisé?

¿Mi nombre no resuena
Cual señal de victoria en toda lid?
¿Quién mi audacia encadena?
¿No está la selva llena
De la gloria de Turpi el adalid?

Pero ¡ay! un amor tierno
Hoy me ha vencido, y sé que tu esquivez
En un dolor eterno,
En un horrible infierno
Esa pasión ha de tornar tal vez!...

Óyeme, hermosa Glura:
Teme insultar al noble amor en mí;
Que el cielo mi amargura,
Al verte ingrata y dura,
Puede tornar airado contra tí.»

Oyó esto la indomable

Beldad, y el rostro con desdén volvió;
Y Turpi, el formidable
Guerrero, en miserable
Llanto de amor y enojo prorrumpió.

LETRILLA

«Puro es, linda mía,
Mi férvido amor:
¡Por Dios, no me trates
Con tanto rigor!

»Si vengo por verte,
Con tu enojo doy;
Desdeñas hablarme,
Te ofende mi voz:
Así vuelvo siempre,
¡Fatal precisión!
Llevando en mi pecho
Terrible dolor.
¡Por Dios, no me trates
Con tanto rigor!

»El inca tu abuelo,
Que en Quito reinó,
De cada vasallo
Domó el corazón
Con cetro suave

De bondad y amor;
Pero ¡ay! que su nieta
Mi tirana es hoy!
¡Por Dios, no me mates
Con tanto rigor!

»La estirpe del inca
Estirpe es del Sol
Que da vida al mundo
Con dulce calor,
Y enciende en las almas
El fuego de amor;
Mira quien es, niña,
Tu progenitor,
¡Por Dios, no me trates
Con tanto rigor!

»La luna es la esposa
Del divino Sol,
De los incas madre
Y antorcha de amor;
Del amor la estrella
Precede á los dos.
¡Tu sólo no abrigas
Tan dulce pasión!...
¡Por Dios, no me trates
Con tanto rigor!»

Así anoche un jóven
Cantando pasó
Junto á una cabaña
Que conozco yo,
Hasta que sus rosas
Desplegó el albor;
Y aún á mi oido
Resuena su voz:
«¡Por Dios, no me trates
Con tanto rigor!»

EL MITIMAE

Soy *mitimáe*, de Cuzco vengo,
Ciudad hermosa, del Sol querida;
De Cuzco vengo, fiel al mandato
Sabio del inca.
¡Oh tú la joven de ojos de gama!
¡Oh tú la tierna flor del Pichincha!
No al extranjero te muestras nunca
Dura y esquiva.

Barro á tu suelo, paja á tus lomas
Para mi casa vengo á pedirles,
Y he de labrarla junto á la tuya,
Si lo permites.
Junto á tus campos hánseme dado
Eriales tierras, secas y tristes,
A que la lluvia de mi frente
Las fecundice.

Sembraré granos de especies varias,
Pingües cosechas haré de todos,
Tendré diez pacos de fino pelo,
Bellos y gordos.

En las solemnes fiestas de *raimi*
Como ninguno llevaré adornos
De alegres plumas, de lindas conchas,
De plata y oro.

Frente á la puerta de mi aposento
Un altarcillo tendrá mi *Huaca*,
Numen sagrado, protector mio
Desde mi infancia.
Todos los días, apenas brille
Allá en los cerros la luz del alba,
Le daré besos y pondré flores
Sobre sus aras,

Pero ¡ay! doncella la de los ojos
Dulces de gama, la de los dientes
Como granizo que dos gemelas
Rosas suspenden,
Si tu no habitas mi pobre choza
Jamás mi pecho latirá alegre...
¡Vente conmigo, linda doncella!
¡Conmigo vente!

Nuestros caseros dioses unamos,
De nuestras almas hagamos una,
Y á un sólo lecho presten sus pieles
Llama y vicuña;

Y el Sol bendiga nuestros amores
Y nos dé prole bella y robusta
Que olvidar me haga mi pátria hermosa
Y amar la tuya.

EL FUEGO NUEVO.

Doncellita la del rostro
Hermoso como el lucero
Que encima del monte brilla
Después que la tarde ha muerto,
De mi corazón la historia
Que escuches atenta quiero,
Pues con temblorosos labios
A revelártela vengo.
Óyeme: ayer en la fiesta
Del sagrado fuego nuevo,
¿Viste como el sacerdote
Le hizo descender del cielo?
Brillaba el sol en su trono
De la altura azul en medio,
Sin nubes que le impidiesen
Lanzar sus rayos al suelo.
Chocan éstos en el de oro
Bruñido y cóncavo espejo,
Y en el blando combustible
Cayendo, le inflaman luego.
Mientras tú miras absorta
De qué modo el Sol hace esto

Porque renovada sea
La sacra lumbre del templo,
En tu tersa frente brilla
Otro irresistible fuego,
Que viene á mí de rechazo,
Y el combustible es mi pecho...
Doncellita, doncellita
Del rostro como lucero
¡Eres de mi amor origen!
¡Eres de mi amor objeto!
Cada año el fuego divino
Renovaráse en el templo;
El mio no, pues que nunca
Dejará de arder cual nuevo.
De mi corazón, bien mío,
La historia es esa. No quiero
Que á enseñarme la del tuyo
Desates tu dulce acento:
Yo la adivino en tus ojos
Que bajas cuando los veo,
En tus labios en que vagan
Pudor y besos á un tiempo,
Y en tu pecho, cuyos golpes
Mueven hasta el blanco lienzo
Con que delicada ocultas
Tesoro tan rico y bello.

AL NUMEN DE LAS LLUVIAS.

Pacha rúrac,
Pachacámac,
Uiracocha
Cai hinápac
Churasunqui,
Camasunqui

(De una poesía quichua que cita Garcilaso Inca.)

Traducción.— «El autor del universo, el que le da vida, y el dios Uiracocha, para este oficio te criaron y animaron.

No el espantoso rayo
Veloz el aire surque,
Ni de mi amada el pecho
Con su estridor conturbe;
No caiga el mal granizo
Que la miés destruye
Ni el aluvión los campos
Desolador inunde;
Mas tú, *Ñusta* divina,
Que habitas en las nubes,
De las benignas lluvias
Almo, piadoso númen,

Escucha mi plegaria
Que á ti humilde sube,
Y esparce al bajo suelo
Tus aguas claras, dulces.
Las plantas á su influjo
En mi heredad pululen,
La espiga fructifique,
Crezca el maíz y abunde,
Los prados reverdezcan,
Retoñen las legumbres,
Las frutas de mi huerto
Con profusión maduren;
Y á mí Cemila bella
Y á mí ledos circunden
Mis amigos, y todos
De tanto bien disfruten.
Así, celeste vírgen,
Los vientos no te insulten,
Ni el agua de tus vasos
Jamás su soplo turbe;
Así del inca el padre
Sus rayos atenúe
Cuando veloce corra
Por tu mansión de nubes;
Así el omnipotente
Pachacámac te ayude,
Y aumente tu hermosura,
Difunda en tí sus luces.

LAS DOS TÓRTOLAS

A mi querido amigo el doctor don Juan Rendón

«¿Dónde vás, Páucar gallardo?
¿Dónde vas?... ¡Ah! ya comprendo:
En tu frente airoso ondea
El penacho del guerrero;
La aljaba de muerte henchida
Cruje á tu espalda; el siniestro
Brazo ostenta el ancho escudo;
Nueva cuerda al arco has puesto.
¡Ya comprendo! Tu mirada
Me enseña de tu alma el fuego,
Y tu arrojo se trasluce
En tu sombrío silencio.
La guerra te llama: el ronco
Són del tambor rompe el viento,
Y alzado en medio del campo
Flota al aire el rojo lienzo.
Se acerca de Cuzco el Inca;
Nubes trae de guerreros;
Mas con nubes de valientes
Le sale Cacha al encuentro.

Marcha, marcha, hijo querido,
Al lado del *Shiri* excelso,
Y do lo mande pelea
Cual buen soldado quiteño.
Pero no olvides... no olvides,
Páucar, que en este mi seno
Hubiste el don de la vida,
Y escucha mi último ruego:
Si al golpe del enemigo
Tu espíritu huye del cuerpo,
En forma de tortolilla
Venga á posarse en mi pecho;
Que también mi ánima, al verla,
De esta vieja carne huyendo,
Se le unirá y al instante
Partirán juntas al cielo.»

Así la noble viuda
Del noble y bravo Hualeco
Dijo al partir á la guerra
Su hijo Páucar, mozo bello.
Partió; la tierna mirada
Maternal le vió á lo lejos
Perderse entre el seco polvo
Que alzaban sus piés ligeros,
Cual se pierde entre la niebla
Del horizonte el lucero

Paje del dios cuya lumbre
Presta vida al universo.
No regó llanto la anciana;
Mas con el gentil mancebo
Se fueron ¡ay! sus sentidos,
Su alma y corazón se fueron!

De Huaina-Cápac la gente
Y la de Cacha soberbio
En las pampas de Tiocajas
Como tigres combatieron.
La arena se empapó en sangre;
Huho como arena muertos,
Y de triunfo gritos hubo,
Y hubo gritos de despecho.
Los del Inca victoriosos
Quedaron del campo dueños;
Los del *Shiri* destrozados,
Pero no vencidos fueron.
Y en la lucha cayó un jóven
Desde cuyo herìdo seno
Alzóse una tortolilla
Que hácia Quito tendió el vuelo.
Voló, voló sin descanso,
Voló, voló más que el viento,
Y de una anciana afligida
A descansar fué en el pecho.

«¡Mi hijo!» esclamó la infelice;
«¡Hijo mío!» y al momento,
Lanzando triste gemido,
Cayó desplomada al suelo.
En los macilentos lábios
La avecilla le dió un beso,
Y asomó tras un suspiro
Otra tórtola de entre ellos.
Unidas ambas entonces,
Del sol al rayo postrero
Se lanzaron al espacio
Y en las nubes se perdieron.

LOS AMANCAYES.

Tímur, el de las selvas
Jóven guerrero,
Amaba á Pani, vírgen
De rostro bello;
La vírgen casta,
Corazón de Paloma
Y alma de *palla*.

Pani miraba á Tímur
Con dulces ojos;
Más del Sol era esposa,
Del Sol celoso,
Y ¡ay! la infelice
Sufrió por sus miradas
Castigo horrible!

El dios la envió imprevista
Dolencia ruda
Que á la tercer aurora
La hundió en la tumba...
¿Veis de amancayes

Aquel grupo allá lejos?
Allí está Pani.

Tímur (lo cuentan á una
Las tradiciones)
Iba á llorar por Pani
Todas las noches;
Y diz que dijo
A la Luna tres veces
El pobre Tímur:

«Piadosa madre, dime,
Dime si Pani
Benigna el llanto acoge
De este su amante,
Ó bien si adusta
Cual ofensa le mira;
¡Dímelo, Luna!

Si benigna, mi llanto
Produzca flores;
Si enojada, que abrojos
Y ortigas brote.
Divina hermana
Del Sol, aquesta seña
Te pide mi alma.

Las milagrosas flores
Me darán vida

Para llorar la muerte
De mis delicias;
Más los abrojos...
¡Ay! cubrirán mi pobre
Sepulcro ignoto!»

En la tercia velada
Más tierno y vivo
Fué el ruego y expresado
Sólo en gemidos:
Calló la lengua,
Pero la voz del alma
Voló á la esfera;

Voló: la madre Luna
Oyóla y dijo:
«Tímur lo anhela, demos
La seña á Tímur:
Hermosas flores
De su llanto, y no ingratas
Espinas broten.»

Y de la amable diosa
Blanda mirada
Resbalando entre nubes
Crespas y blancas,
Hizo amancayes
Lindos sobre el sepulcro
Nacer de Pani.

Y de la amable diosa
Mágico aliento,
Bajando cual suspiros
De aura ligeros,
Prestó á las hojas
De aquellas lindas flores
Suave aroma.

¿No veis? los amancayes
Por eso ostentan
El color de la Luna,
Color de perla;
Gratos por eso
De pura escencia rinden
Tributo al cielo;

Por eso ellas las flores
Son de las almas
Que sus muertas venturas
Llorando pasan;
Por eso brotan
De infelicas amantes
Siempre en las *tolas*.

LLANTO DEL ALMA

Lloré por Coillur, mi amada
Lloré por la niña hermosa
Que el día de ser mi esposa
La escondió la tumba helada.

Y lloré más apenado,
Sin descanso ni consuelo
Porque estando ella en el cielo
Me habia, ingrata, olvidado.

Pero mi llanto fué tal,
Tales los ayes que dí,
Que volvió á pensar en mí
Y á dolerse de mi mal;

Y todas las noches viene
Misteriosa, aérea, sola,
Y en las flores de su *tola*
Hasta el alba se detiene.

Allí suspira. Yo atento
La oigo con triste delicia,
Y aún siento que me acaricia
La frente su blando aliento.

Mas con el alba se aleja
La reina de mis amores,
Y en el cáliz de las flores
Sus tiernas lágrimas deja.

Yo á beberlas me apresuro,
Pues ellas bálsamo son
Que á mi infeliz corazón
Prestan alivio seguro.

AMOR PERDIDO

Blanca flor, tierna y hermosa
Reluciente grano de oro,
Vida mia, amor de mi alma,
Por quien ayer fuí dichoso;

¿Qué te has hecho? ¿dó te has ido?
Dónde te hallarán mis ojos,
Por tu repentina ausencia
Hoy de lágrimas arroyos?

Desde ayer, no bien salido
El sol, buscándote corro
Por las sierras y los valles,
Las praderas y los sotos.

Por ti á las brisas pregunto,
Y me responde su soplo:
¡Pasó! Pregunto á las fuentes,
Y ¡pasó! clamar las oigo.

A las hiervas y á los flores
De los campos interrogo,
Y ¡pasó! pasó! me dicen
En susurros misteriosos.

A las aves me dirijo
Con mis lúgubres sollozos,
Y á las nubes que cabalgan
De los montes en los lomos,

Y ¡pasó! pasó! me gritan
En voz que entiendo yo sólo:
—No la busques en los valles,
Ni en las sierras ni en los sotos;

No la busques de las selvas
En los senos silenciosos;
No la busques de los rios
En los cristales sonoros:

Ella está donde no pueden
Hallarla mortales ojos,
Allá en país muy distante,
Allá en país muy hermoso.—

¡Ay! amor, amor de mi alma!
¡Doncella de lindo rostro,
Más lindo que los del Sol
Jardines de plata y oro! (49)

Ya comprendo que te has ido
Al alto mundo, del polvo
Huyendo de aqueste mundo
Donde gimo en abandono.

Mas ya sé como te fuiste,
Y ya el camino conozco:
Por el he de irme á buscarte
Hasta ese país ignoto;

Y cuando una *tola* vean
Levantada donde hoy moro,
—¡Al fin, dirán mis hermanos,
Al fin la halló y es dichoso!

EL AVE DE LA TOLA

Ya el astro excelso tras el monte cae,
Ya entre sombras va el suelo á reposar.
Triste mi alma del mundo se sustrae,
Y á un sitio agreste y áspero me atrae
Del solitario el lúgubre cantar.

Alli veo la tola abandonada
Alzada al pie del molle secular;
Cual guardian de la fúnebre morada
Allí está el solitario en la ramada
Dando al viento su lúgubre eantar.

Há mucho, mucho tiempo, aquí venía
Una doliente madre á lamentar;
Mas hoy del hijo la ceniza fría
¡Ay! tiene sólo, al espirar el día,
De un solitario el lúgubre cantar.

De una vírgen, tal vez, la sombra cara
Suele un amante idólatra invocar,

Y era esta *tola* del dolor el ara
Do tierno llanto y flores derramara
Entonando su lúgubre cantar.

Acaso de los muertos en la fiesta,
Cuando todo gemia en el pesar,
Cien amigos sentábanse en aquesta
De un bravo guerreador tumba modesta
A ofrendarle su lúgubre cantar.

Mas ya de este sarcófago la historia
Han borrado los siglos al pasar,
Y hoy solo, vaga, rápida, ilusoria,
En mi espíritu se alza una memoria
Del solitario al lúgubre cantar.

De este molle á la sombra refrigerio
Viene el pastor á veces á buscar,
Y profana del túmulo el misterio
Una piedra lanzando y un dicterio
Contra el ave de lúgubre cantar;

O el peregrino, de sudor la frente
Empapada, se arrima á descansar
A esta ignorada *tola*, y nunca siente
Respeto ni emoción, é indiferente
Oye del ave el lúgubre cantar.

Mas cuando cae el sol tras la montaña
Yo vengo á entristecerme y meditar;
No huye el ave de mí jamás huraña,
Y posada en su molle me acompaña
Dando al viento su lúgubre cantar.

LA TOLA VOLCADA

—¿Qué haces? Mal extranjero, ¡tente! ¡tente!
No esa *tola* derroques;
No la ira de los dioses, imprudente,
Con un crimen provoques.

¿Juzgas que encierra en sus entrañas oro?
¡Falsísima noticia!
Oculta el montezuelo gran tesoro,
Más vano á tu codicia:

Huesos de una que fué rara belleza
Que mi alma idolatraba,
Polvo de un corazón cuya terneza
Mi vida deleitaba,

¿No viniste á mi patria, el mar surcando,
En pos de otros caudales?
¿A qué te cansas con afan buscando
Cenizas sepulcrales?—

—Rústico infiel, me engañas: aquí el oro
Se esconde que me tienta—
Volcó la *tola* el blanco, halló el tesoro...
¡Tesoro de osamenta!

ATAUCHI EL HUÉRFANO

A mi querido amigo don J. Abel Echevarría

Murió cual bravo su padre
En la guerra contra Huáscar,
En que ganó el rojo *lláuto* (50)
El nieto del *shiri* Cacha.

Murió su madre de pena,
Pena tan honda y amarga
Cual nunca de otra viuda
La sintiera igual el alma.

Y él, huérfano desvalido,
Niño aún, preso entre fajas,
De hambre y frío sintió exceso
Y de amor y besos falta.

¡Pobre Atauchi! como arbusto
Creció que en el muro arraiga
De triste cueva, y que nunca
Del sol los rayos halagan.

Mozo ya, su bella frente
Huellas de pesar surcaban,
Y del corazón las quejas
Brotaban con sus palabras;

Que á los pesares de quien
Quedó sin madre en la infancia
No suelen ser medicina
Años que vienen y pasan.

Pero Atauchi pudo cosas
Aprender de un viejo *amauta*,
De esas que suelen los dioses
Revelar á pocas almas:

Para él la luz de los astros
Nunca es muda, para él hablan
Las nubes, para el la negra
Noche secretos no guarda;

Él de los vientos traduce
La voz misteriosa y vaga,
Oye frases en los truenos,
Oye en el agua palabras;

Sabe qué dice una fiera
Cuando ruge ó cuando brama;

Gusta de oir cual las aves
Sus amores se declaran;

Encántanle los coloquios
De las flores con las auras
¡Sólo á veces no comprende
De cuanto habla el hombre, nada!...

Y era también cazador
¡Cazador en hora mala,
Porque la sangre y la muerte
Son el placer de la caza!

Terribles son en sus manos
El arco y la cerbatana:
Jamás de ellos tiro parte
Que presa al suelo no traiga.

Contra su flecha es inútil
Que el tigre posea garras,
Y piés veloces el gamo,
Y el cóndor rápidas alas.

Contra el globillo de barro
Que su cerbatana lanza
Nada á los pájaros valen
Elevadísimas ramas.

Y diz que una vez con él
A un cóndor con fuerza tanta
Dió, que le hizo de una roca
Descender muerto á sus plantas.

Un día, cuando aún el sol,
Delicia de la mañana
Del *Yahuira* en la eminencia
No ilumina su áurea casa;

Cuando aún las hojas del bosque,
Y de los campos la grama,
Y de las flores el seno
De la noche el llanto guardan;

Cuando las madrugadoras
Aves todavía cantan,
Y á buscar sustento aún
No dejan nidos ni ramas,

Atauchi, en la diestra mano
La certera cerbatana,
Del Machángara vaguea
Por la orilla solitaria.

Entre el follaje de un árbol
Medio oculta á ver alcanza
Una tórtola, las plumas
En arreglarse ocupada;

Y que luego se sacude,
Y después estiende el ala
Y á soltar el vuelo al campo
Viva y lista se prepara.

Pero antes el cuello hermoso
A mirar el nido alarga,
Do su pecho, hace un instante,
Un pichoncillo abrigaba.

En tanto el joven se encorba
Y pasito á paso avanza,
Fijos vista y pensamiento
En la presa descuidada;

Alza con tiento y aplica
Al labio entrearbierto el arma;
Sopla, y el golpe terrible
A la infeliz descalabra.

Da esta una rápida vuelta
Sobre sí propia; en las ramas
En vano busca asidero:
Cae y el suelo en sangre mancha.

Del cazador en las manos
Aletea, y fatigada,
Agonizante, en acento
De angustia lleno le habla:

«¡Ah, cruel! ¿qué daño te hice,
Que así me hieres y matas?
¿Por qué á mi hijito infelice
La tierna madre arrebatas?

»¡Ay! mira, injusto enemigo,
Que mi cuidado al faltarle,
El hambre y el desabrigo
Van en el nido á matarle!»

No dice más. Se estremece
En las postrimeras ansias,
Y espira, en Atauchi puesta
La dulce y triste mirada.

Y Atauchi siente movidas
De compasión sus entrañas,
Y devolver con su aliento
Quisiera esa vida cara

Que robó impío; en sus labios
El pico introduce, y nada,
Nada consigue. A los cielos
Ojos suplicantes alza;

Mas los Cielos, la merced
Que así le pide, negada,
En el nido al huerfanito
Descubren á sus miradas:

Polluelo de rojas carnes,
Aún ciego y desnudo, alarga
El cuello y la frente hiergue
De sútil vello cercada;

Y á la madre no encontrando
Torna á encogerse, y aguarda;...
¡Más vendrá sólo la muerte,
Que no la madre esperada!

Regando entonces el jóven
Lágrimas que brota su alma,
Por el dolor y el despecho
Harto herida y ahogada,

Apoyando en la rodilla
La funesta cerbatana,
Rómpela y lejos la arroja,
Y en resuelta voz exclama:

«¡Oh, Sol! ¡oh padre del inca!
Si á ejercer vuelvo la caza,
No tornen jamás mis ojos
A gozar tu luz sagrada!»

LA MADRE Y EL HIJO

Arde el numen
Peruano,
Y en el llano
Su calor
Abrasa al indio mísero
Que el suelo surcando árido,
La faz quemada
Siente empapada
Por el sudor.

A la sombra
De un añoso
Y frondoso
Capulí,
Meciendo al primogénito
La esposa, en voces trémulas
De tortolilla
Canta sencilla
Su yaraví.

«Calla y duerme,
Prenda mía,
Y en mí fía,
Caro bien;
Que yo siempre solícita
Con mis cantares rústicos,
Haré que el sueño
Pose halagüeño
Sobre tu sién.

Calla y duerme,
Y así olvida
De la vida
La aridez:
Olvida que las lágrimas
Han sido tu herencia única,
Porque de triste
Raza naciste
De oscura tez.

Ve á tu padre
Cuál le oprimen:
¿Es un crimen
Su color?
¡Ay! de la suerte pérfida
Solo es capricho bárbaro!
A ella le plugo
Cargarle un yugo,
Darle un señor.

De estos campos
Era el fruto
Un tributo
Por su afán,
Y hoy con fatigas ímprobas
Fecunda el suelo estérile
A que su dueño
De altivo ceño
Coma su pan.

Tú así un día,
¡Oh hijo amado!
Fatigado
Te has de ver,
Y como vil acémila
Bajo el infame látigo
Con tu faena
La hacienda agena
Verás crecer.

Más entónces
Ya mi suerte
Con mi muerte
Finirá;
Y tú quedarás huérfano...
¿Quien ¡ay! el sudor férvido
De tu inocente
Marchita frente
Enjugará?»

Y de la india
Tierno llanto
Corre en tanto
Por la faz;
Pero su arrullo lánguido
Es el poder magnético
De su cariño,
Y el pobre niño
Se duerme en paz.

CANTO FÚNEBRE

Con motivo de la matanza de los solaados del Inca en la isla Puna, (hoy Puná). (51)

¡Llorad: hijos del Sol! ¡ay! los valientes
Por infame traición muertos han sido!
¡Oh vos los de la Puna
Que las aguas del mar cercan rugientes!
¿Qué habeis hecho? Transido
Está de pena el corazón del Inca;
Más no hay pena ninguna
Que le quiebre la diestra vengadora:
Alzada está, y en ella resplandece
La ira santa cual llama abrasadora.
¡Temblad los de la Puna!
¡Llorad, hijos del Sol! El que merece
Fiero castigo la maldad inicua,
Presto se hará: ¡temblad, ejecutores
Del nefando delito!
Pero llorad, hijos del Sol: conspicua
La gente fué que á golpes de traidores
Cayó en la mar que devoró sus cuerpos.
¡Ay! los que fueron desde Guzco á Quito

Como rio impetuoso, como roca
Del alto monte al valle desplomada,
Como llama en las selvas por la loca
Furia del aguilón arrebatada,
Sin tumba yacen. Levantad el grito
De dolor, y de ira y de despecho,
¡Llorad, llorad hijos del Sol! Los peces
Con los difuntos su festín han hecho;
Los huesos de los bravos en el fondo
Del agua están cual piedras esparcidos.
¡Oh ilustres capitanes!
Y no con vuestros restos el redondo
Escudo está, la aljaba y arco fuerte;
Ni se os darán los panes
Y el dorado licor que son debidos
Al que habita la casa de la muerte.
De cieno el lecho y de ligeras algas
Tienen vuestros misérrimos despojos;
No caerá sobre él de nuestros ojos
La amarga lluvia, y sólo el formidable
Bramar de la tormenta
Llegará á estremecer en los abismos...
¡Oh suerte, oh suerte cruda y lamentable!...
¿Por qué en la lid sangrienta
No murieron con honra esos guerreros?
La punta de la flecha ó de la pica
Su existencia preciada
Romper debió, no golpes de remeros,

No traición por los dioses reprobada.
¡Llorad, hijos del Sol, llorad sin tregua!
Que el cielo justifica
Tan profundo dolor, tan largo llanto.
¡Llorad! que vuestro lloro testifica,
Más que del *haravec* el triste canto,
Cuán cara es la memoria
De las ilustres víctimas, y cuánto,
Cuánto es grande su gloria!

LA FIESTA DE LOS MUERTOS

Ya la luna ha tornado en que solemne
Fiesta á los muertos se hace;
De la hermana del sol, cual arco argénteo,
Vimos ayer la fase.

Hoy el padre del Inca, el astro excelso,
Su luz nos ha escondido,
Y su sagrada prole y sus vasallos
De luto se han vestido.

Todo es triste gemir y llanto amargo,
Porque hoy los corazones
Se acuerdan de las almas que se fueron
A ignoradas regiones.

Y de los huesos y del frío polvo
Se acuerdan que en la tierra
Ellas dejaron, y en su oscuro seno
La sepultura encierra.

El cielo está lloroso; las montañas
De niebla están vestidas;
Suspiran los arroyos, y las aves
Lamentan afligidas.

Vamos hermanos míos, ya está abierta
Del Dios la santa casa.
Llevadle miel y pan, y del cordero
La fresca y suave grasa.

Yo del numen augur, al sacrificio
Llevo mi negra oveja;
Tierna es, como le agrada: aun no he cortado
Ni una vez su guedeja.

Inmolada la víctima, su sangre
Diráme ¡oh cuántas cosas
De las profanas gentes ignoradas,
Terribles, misteriosas!

¡Ay, si me véis palidecer! ¡si brota
El sudor de mi frente,
Y de mis ojos, con espanto abiertos,
Alguna gota ardiente!

¡Temblad, hermanos!... Pero la hora llega:
Subid al monte sacro;
Ya está abierta la casa donde brilla
Del Sol el simulacro.

Después iremos con ofrendas todos
A las fúnebres *tolas*,
Alzadas en hileras en el valle
Como del mar las olas.

Y el vino, pan y miel de los queridos
Muertos renovaremos,
Y el polvo que los cubre con dolientes
Lágrimas regaremos.

¡Oh benéficos padres, caros Incas,
Del cielo habitadores!
¡Generosos guerreros, de cien bravos
Pueblos sojuzgadores!

¡Sacerdotes del Sol! ¡sabios *amuntas!*
¡Vírgenes sin mancilla!
¡Todos los que caisteis de la muerte
Bajo la atroz cuchilla!

Ya á vuestras *tolas* vamos; de cantares
Lúgubres y gemidos
Los aires cundiremos; vuestros huesos
Serán extremecidos.

Y desde el alto mundo, silenciosas,
Vendrán las almas vuestras
Agradecidas á juntarse un breve
Momento con las nuestras.

DESPEDIDA DEL GUERRERO

Ya el caracol guerrero
Su grito al viento lanza;
Ya el lienzo, tinto en sangre,
Flotando airoso en su asta
Me llama á combatir.
¡Adiós, hermosa mía!
Tu dulce amor me encanta;
Pero otro amor mi pecho
Hoy poderoso inflama—
Amor de noble lid.

¿Oyes? También las voces
Del atambor me llaman,
Y en sed de sangre ardiendo
La lengua de mi lanza
Me dice: ¡A combatir!
¡Adios, hermosa mía!
No llores: tus amargas

Lágrimas corran sólo
Si no mi brazo alcanza
El triunfo en la ardua lid.

HUAINA CAPAC

Del ástro dios el vástago felice,
Huaina-Cápac, el Inca poderoso,
Sobre el valiente Cacha victorioso,
A mi su siervo y *haravec* me dice:
«Celebra mi valor y mi gloria
En noble canto digno de memoria.»

Mi corazón se asusta,
¡Oh príncipe magnánimo y divino!
Más ¿quién loar no gusta
De su Inca y padre amado el claro nombre
Y el excelso destino!

Pero no en la lengua de hombre
Decir cabe jamás las cosas grandes:
Númenes de los Andes,
Vosotros las direis y que se asombre
De ellas el mundo y reverencie al Inca!

Azuay, tú que á la guerra
Le viste apercibido

Cual de la tempestad el dios temido
Que, oculto entre las nubes, amenaza
Con fragorosos rayos á la tierra,
Dí cual es su poder, cuál de su maza
Y pica hambrienta de enemiga carne
La fuerza vencedora.

Proclama, Chimborago, en los confines
De *Purúa* (52) sentado,
Tú que ves la morada y los jardines
Dónde la hija del *Shiri* encantadora
Gozó su juventud, proclama al héroe
Cuyo terrible ardor has comtemplado
En la sangrienta arena de *Tiocajas*.
La roja borla y la sagrada pluma
Del ave de los Incas en su frente
Resplandecen con mágicos fulgores;
Sabiduría suma,
Don del eterno Sol sus labios manan;
Centellea su diestra armipotente,
Y los más valerosos guerreadores
Del impetuoso *Shiri*, vanamente
Por contener al vencedor se afanan:
Caen ó retroceden: vedlos, vedlos,
¡Se ván!.... Tras ellos Huaina-Cápac vuela
Como el cóndor audaz de férreo pico
Y alas que rompen el furioso viento
De cruda tempestad. De Duchicela

Domado está el país hermoso y rico,
Y atrás lo deja el Inca.

¡Oh Cotopaxi!
A tí del vencimiento
Y el noble vencedor te toca ahora
Proclamar la grandeza sin segundo;
Tú á quien designa misteriosa suerte
Como nuncio de ruinas y de muerte,
Hoy que del gran Yupanqui ves al hijo
Dueño y señor del suelo en que te asientas,
Sé nuncio de victoria y regocijo.

Más también Quito sojuzgada llora....
¿Llora? Cese, Pichincha, cese el llanto
De tu hija bella, y en tronar profundo
Su futuro esplendor anuncia al mundo.
Ya la generación del Inca santo
A enaltecerte viene:
Sierva nunca serás, Quito felice;
Preven la altiva siene
A la imperial insignia que, á despecho
De la ciudad de Manco, (53) ceñiraste.
El sagrado adivino lo predice
Que al cóndor fiero oyó de pardo pecho
Que graznaba del Inca sobre el techo,
Y luego en regia magestad las alas
Tendió, y siguiendo el curso de la guerra
Desde su aérea región vino á esta tierra.

Imbabura, ¿qué estruendo
Allá en tus campos fértiles resuena?
¡Ah del combate horrendo
Los ecos son! El númen de la Puna
Cual nunca su furor desencadena.
De Hualcopo el legítimo heredero
Su trono á defender, su hogar y cuna,
Se fortalece allí; soberbio y fiero
La paz rehusa y la amistad del Inca.
«¡Guerra! guerra sin tregua al extrangero!
Yo, yo lo mando; muera quien delinca,
Desatento á mi voz, y sus despojos
Sin *tola* yazgan, de los buitres pasto!
Esto diciendo, con terribles ojos
El campamento recorría vasto
De armada gente henchido.
Un dia, y otro, y otro en el reñido
Combate busca el Inca mayor gloria,
Y Cacha su defensa y su venganza.....
¡Oh Cacha! cede: el Sol en cuya mano
Sabia está la victoria,
A su hijo dió el consejo y la pujanza.
¡Oh Cacha! el soberano
Del cielo apresta ya la aguda lanza
Que el cetro de la diestra ha de robarte
Y del heróico pecho la existencia.
¿No la ves? ¿no la ves? por toda parte,
Como irritada víbora, en tu torno

Vibra silbando enrrojecida lengua....

¡Ay! cayó el valeroso, cayó el fuerte!
¡El que existir vencido tuvo á mengua!
¡Cacha murió! Su campo está en trastorno;
De su reino cambiada está la suerte. (54)
Como se abate el seibo en la montaña
Del rayo al golpe atroz; cual se desploma,
De la mar combatida por la saña,
Roca gigante y fuerte, así el herido
Shiri cayó, y el llanto de los muertos
Sonó de loma en loma,
De rio en rio, estremeció las selvas,
Conmovió los desiertos.

El magno nieto del divino Manco
Del caido rival el nombre ensalza;
¡Oh ejemplo de virtud y de nobleza!
Del Inca el pecho generoso y franco
Se cubre de tristeza;
Y entre ayes y entre cánticos funestos
Del rey que fué los venerados restos,
De armas lucientes y de ricas joyas
Y de preciosas telas rodeados,
En la tumba real son colocados.

Egregio sucesor del gran Yupanqui,
¿Qué te falta? La verde, la preciosa

Piedra en tu frente brilla,
En tu frente cien veces gloriosa.
¡Ah! triunfar en la guerra
Y humillar á sus piés toda la tierra,
Para el hijo de un dios no es maravilla!
Otra victoria alcanzas, otro imperio
Más valioso domeñas
Por el de amor suave ministerio:
Cual juntas las enseñas
Vencidas á las tuyas vencedoras;
Como del *Shiri* la brillante insignia
Unes con tu purpúrea borla, y como
Enemigas naciones incorporas
En tu grande nación, sin que ni asomo
De rencor é ira la fusión contraste,
Así de Paccha, bella y codiciable
Más que el triunfo y la gloria, y adorable
Más que la dulce paz, el amoroso
Virginal corazón al tuyo aunaste.

¡Oh unión! Obra de amor! firme cimiento
De paz y de ventura
De dos nobles naciones! vuestra fama
Del *haravec* supera el pensamiento,
De su voz la armonía y la dulzura
Y de su viva inspiración la llama.
Númenes misteriosos de los Andes,
Cantad de nuevo: genio de Imbabura,

Invita al de Antizana genio agreste,
Al de Pichincha arrebozado en nubes,
Al que aviva la horrenda eterna fragua
Del Cotopaxi, al que selvosa veste
Dió y corona argentina al Tungurahua,
Al que más que ninguno á la celeste
Región se encumbra, Chimborazo augusto:
Cantad todos, cantad, y la armonía
De los vuestros cantares
Diga á las selvas, rios y anchos mares
Cual es de Quito el justo
Orgullo, y la esperanza y alegría.
Cantad, cantad; del Inca el áureo trono
De la victoria levantó la mano
Del modesto Machángara en la orilla;
Mas en el corazón del soberano,
Amor puso su silla
Y Paccha en ella dominando brilla.

HIMNO

DE LAS VÍRGENES DEL SOL,
al saber la prisión de Atahualpa en Cajamarca

ÉL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;
Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

LAS VÍRGENES

¡Oh Sol, esposo nuestro!
Del universo encanto,
De *Pachacámac* santo
Eterno y puro amor,
Hermano de la Luna
Que sigue fiel tus huellas
Señor de las estrellas,
Del Inca genitor,

Escucha nuestras súplicas
Con paternal bondad.

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;
Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

LAS VÍRGENES

¡Oh Sol! que en *Tumipampa* (55)
Al *Shiri* libertaste,
Y á su favor mandaste
Que obrase el Hado al fin;
Tú que vencer le hiciste
Al enemigo hermano,
Y el *llauto* soberano
Le diste por botín,
De la prisión hoy sálvale,
Calma nuestra ansiedad!

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;

Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

LAS VÍRGENES

¿De qué huracán en alas,
Por qué cruel destino
La extraña gente vino
Que al Inca aprisionó?
¿Quién de tu horrendo rayo
Armó su impía diestra,
Que en Cajamarca muestra
De sus furores dió?
Contra tu grey pacífica
¿Por qué esa atrocidad?

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;
Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

LAS VÍRGENES

¿Llegaron ¡ay! llegaron

Acaso ya los días
Que duras profecías
Cumplidas han de ver?
¡Aterradora idea!...
El tiempo ¡oh Sol! retarda
Que el alma hacen tremer,
Y el vaticinio lúgubre
Se cumpla en otra edad!

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;
Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podiás de la deidad.

LAS VÍRGENES

¡No, no de *Uiracocha*
Se realice el sueño!
Tú del destino dueño
No lo consientas, Sol.
No lo consientas, rompe
Del Inca las prisiones,
Y arroja á otras regiones
Por siempre al español,

Que viene cual insólita
Y horrenda tempestad.

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;
Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

LAS VÍRGENES

Y esa temida gente
Diz que á otro dios adora,
Y de riqueza ahora
Ansiosa viene en pos.
¡Oh! llévese nuestro oro,
Si en el su dicha finca;
Más déjenos al Inca,
Respete á nuestro dios:
Son estos de sus súbditos
Honor, felicidad.

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al Sol el ruego alzad;

Vuestras ofrendas luego
Consuma el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

LAS VÍRGENES

Consuma ¡oh Sol! el fuego
Las flores más hermosas,
Las gomas olorosas
Que trae nuestra fé;
Consúmalas, y el humo
Que vuele hacia la altura
Conviértase en ventura
Que tu largueza dé
A quienes en sus cánticos
Imploran tu piedad.

EL SACERDOTE

Cantad, piadosas Vírgenes,
Y al sol el ruego alzad;
Vuestras ofrendas luego
Consume el sacro fuego,
Conque amainar la cólera
Podáis de la deidad.

MUERTE DE CORI. (56)

Detente ¡oh madre de los Incas! Luna,
Compasiva deidad, párate y mira,
Y contempla un instante
De los *Shiris* la patria sin fortuna.
Vibráronle los Cielos rayos de ira,
¡Y héla ya destrozada, agonizante!
Deja caer tu dulce y misteriosa
Mirada sobre el campo do la muerte
Junto á una ilustre víctima prepara
Otra bella y preciosa.
Si exige impía la invencible suerte
Más cruentos sacrificios, ¡ay! aclara,
Triste Luna, tú sola
El que hace tu hija, la divina Cori,
Del amor desolado sobre el ara.

Junto á la grande *tola*,
Postrimera mansión de egregios *Shiris*
Vaga la reina de Atahualpa viuda.
La del fiero dolor cuchilla aguda

Desgarra sus entrañas amorosas.
El cuerpo tembloroso
Y el pálido semblante,
Las túrbidas miradas angustiosas
La caballera negra y abundante,
Presa del abandono y el descuido
Cual la bordada faja y el vestido...
Todo en ella lo insólito y penoso
Está de su alma y corazón diciendo.
Con ambas manos juntas oprimiendo
El pecho, en rica tela mal velado,
Cual si ahogar quisiese el presuroso
Latir que le atormenta,
En frase apasionada, así al amado
Esposo llama y su dolor le cuenta:

«Óyeme, hijo del Sol, tú á quién adoro
Hasta en la huesa fría,
Tú cuyo triste fin rios de lloro
Me arranca noche y día;

Óyeme, Hualpa: baja un breve instante,
Baja á darme consuelo,
Y por los brazos de tu esposa amante
Cambia tu hermoso cielo.

¿Por qué del todo de tu amor me privas?
¿Por qué tu faz me escondes?

¿Por qué, bien mío, de mi amor te esquivas?
¿Por qué no me respondes?

Ven, que te aguardo, ven. Mi pecho abierto
Se apresta á tu venida.
Ven, yo te juro que mi amor no ha muerto
Con tu fatal partida.

¡Ah, no seas cruel! no en este mundo
Sin consuelo me dejes!
No con tu ausencia y tu callar profundo
Más y más ¡ay, me aquejes!»

Delira la infeliz, y sobre el canto
Que de los muertos la morada cierra
Postra la frente, y al atroz quebranto
Que el alma le desgarra, se abandona.
Y en tanto que sus lágrimas empapan
Mejillas, losa y tierra,
Ave desorientada, inquieta yerra
Su insana fantasía: al cielo asciende
La ventura á buscar aquí perdida;
Baja luego y emprende
Forjar una quimérica esperanza;
Al abismo despues veloz se lanza
Donde la sierpe del despecho anida;
Asústase, huye de él, y en breve espacio,
Ya maldice la vida,

Ya maldice la muerte,
Ya aumenta su vigor, ya en vuelo lacio
Sin objeto voltea, y sin que acierte
El círculo á romper que la aprisiona
Círculo de hoscas nubes que la suerte
De la reina misérrima retratan.

Más súbito la faz ésta despega
De la funérea losa,
Con su contacto y lágrimas caliente
Que del volcan del pecho se desatan.
Luego en seguida el llanto que la ciega
Con el revés enjuga de la hermosa
Diestra, y yergue la frente.
Sonrisa de ironía más amarga
Que la angustia que el alma le satura,
Sus labios entreabre; la mirada,
Que con medrosa extraña luz fulgura,
Fija en la bella luna que; cercada
De su esplendente coro,
En silencio sublime el cielo cruza;
Y al cabo la cuitada
Suelta su acento así, firme y sonoro:

«¿Qué digo? qué pretendo? ¡Estoy demente,
Deidades soberanas!
¡Sí, loca estoy! de mi pasión ardiente
Son ¡ay! las quejas vanas!

Del país de las almas no se torna
De los vivos al grito:
¿Quién, poderosos númenes, trastorna
Vuestro fallo infinito?

¡Atahualpa! Atahualpa! caro esposo!
¡Di esposo idolatrado!
El cruel brazo de extrangero odioso
La vida te ha robado!

Ya nunca más alumbrarán la mía
Tus claros, dulces ojos:
Las flores de mi gloria y alegria
Trocáronse en abrojos.

¿Qué soy, qué soy sin tí? ¿qué hago en el mundo
Sola y desamparada?
¿Qué hace mi pecho herido y moribundo?
¿Qué mi alma desolada?

Soy como los escombros de una casa
Que devoró el incendio:
Lástima infundo al que á mi lado pasa,
O acaso vilipendio....

¿Qué hago en el mundo? ¿Ves la extraña gente
Que abortó el Grande Lago (57)
Traer al pueblo mio de inclemente
Guerra el bárbaro estrago?

¿Ver las casas del Sol y de la Luna
Sin piedad derribadas;
De su honor y virtud las sin fortuna
Vírgenes despojadas?

¿Ver nuestro suelo y la riqueza nuestra
Botín del extrangero?
Ver el imperio Quitu de su diestra
Hundirse al golpe fiero?

¡No, jamás lo veré!... No la española
Mano me alcance viva...
¡Abrete para mí, sombría *tola!*..
¡Tu seno me reciba!...»

Dice y del cinto saca
Con manera violenta
De acicalado cobre ancha cuchilla. (58)
De la luna la faz pónese opaca,
Y á su luz macilenta
El arma apenas brilla;
Zumba del cierzo helado el aleteo
Que el árbol y el arbusto
Pone en vano meneo;
La lumbre temblorosa y amarilla,
Que del vulgo en el alma infunde susto
De la tierra al brotar ó del pantano,
Aquí y allí por la llanura oscila....

Muda y pasmada la doliente reina
Señales piensa ver de que natura
Del cruel suicidio se horripila
A que el dolor la arrastra y el despecho.
Luego (¡Cori infeliz cual criatura
Ninguna vió la tierra!)
Luego su propia fantasía añade
Nuevas sombras al cuadro que la aterra:
Juzga que el llano invade,
Rotas las *tolas*, bandas de esqueletos
Que la llaman en voces misteriosas,
Y acercándose ván, y la rodean,
La enlazan y la ajustan, y secretos,
Que ella no entiende, dícenla al oido.
Del mundo inmaterial puede que sean,
De do el alma jamás al nuestro vuelve,
O del medroso porvenir, anuncios.
Cual árbol en la orilla estremecido,
Cuando airadas las olas le golpean
Unas tras otras, por turbarle, el tronco,
Así está Cori. Al fin, entra la turba,
Una sombra distingue... ¡El es!... La marca
Del infame suplicio el cuello muestra...
La frente adorna insignia de monarca...
¡Es él!... sí!... Con la diestra
La llama al alejarse en tardo paso.
Ella con labio trémulo murmura
De Hualpa el nombre, y síguele al instante,

De ánsias de amor el seno palpitante
Y hácia él tendidos los desnudos brazos.
El paso él apresura;
Cori vuela también, mas no le alcanza.
Así los dos tres veces de la *tola*
Vueltas en torno dan. Sordo alarido
Ella á la postre lanza:
Hase desvanecido
Súbita la visión, y se halla sola!

Otra vez la sonrisa indefinible,
Hija del alma á la razón agena,
Lúgubre más que el gesto que la pena
En la faz de su víctima dibuja,
De la reina infeliz el rostro anima.
Vacila, y el flexible
Talle medio inclinando busca apoyo
Y en el sepulcro, á no caer se arrima.
Con la siniestra mano el pecho estruja
En inconsciente afán, en tanto el puño
Del arma ajusta la crispada diestra.
Alzala, y con inmóvile mirada
Contémplala, en que muestra
Del ánimo el intento. A la estrellada
Bóveda torna los enjutos ojos.
Luego frases soltando
Escuchadas tan sólo por el viento
Que su pálida faz pasa azotando,

Los baja al cinerario monumento.
En voz al fin más clara
Y que el murmurio de una fuente imita,
Cómo á su negra y espantosa cuita
Quiere ya poner término declara:

«¡Oh mi esposo adorado! la muerte
Te encadena en su reino eternal,
Y es preciso dejar, para verte,
La infelice mansión terrenal.
¡Hualpa! Hualpa! tu lecho de tierra
Cuán suave á tu Cori va á ser!...
¡Yo á tu lado!... ¡oh mi amor!... ¡No me aterra,
Por gozar tanto bien, perecer!...
. . . . . .

A la siguiente aurora
Una jóven pastora
Halló, al pasar, de Cori el cuerpo frio.
Como sobre las hojas de tronchado
Mustio amancay, sobre él ha derramado
Sus cristalinas perlas el rocío.
El alma, al irse, le dejó la marca
De su dolor en la marchita frente,
Muy más que la del suyo la honda herida.
Rodéala de sangre helada charca,
Y aprieta aún en ademán furente
Su yerta mano el arma enrojecida.

Cual toda triste nueva
Difúndese el suceso, y presto lleva
Muchedumbre curiosa y dolorida
A cercar de su reina los despojos.
No hay pecho á tal desgracia indiferente,
Ni quien niegue tributo de lamento
Postrado allí de hinojos;
Y áun diz que el Sol, que la radiosa frente
Alzaba ese momento,
Con negra nube se cubrió los ojos.

Julio, 1860.

NOTAS Á LA VÍRGEN DEL SOL

(1) *Haravico* ó *haravec*. Poeta. Los *haravicos* no sólo cantaban la religión, el heroismo y el amor, sino que ensalzaban también en sus versos la astronomía y la agricultura. Si hemos de creer á Garcilaso de la Vega, áun componían dramas que eran representados en la corte por personas nobles.

(2) *Escogidas*. Vírgenes que se consagraban al sol. El historiador citado las compara justamente con las Vestales romanas, y añade que sus estatutos eran muy semejantes. Para ser *Vírgen escogida* ó esposa del sol, se requería la condición de que fuese noble y bella. La especie de monasterio en que vivían reclusas se llamaba *Acllahuasi* — casa de escogidas.—Acompañábanlas otras vírgenes de segundo orden en calidad de sirvientas, sujetas como las otras á rigurosa clausura. Para este empleo no era preciso que las jóvenes fuesen nobles, pero sí hermosas y puras. La ocupación de unas y otras era hilar, tejer, bordar la ropa que vestía el Inca y su familia, y amasar el pan destinado á los sacrificios. Las que envejecían se ocupaban como maes-

tras de las novicias. La violación de los votos era castigada con extremo rigor, pues se quitaba la vida á la delincuente y se exterminaba su familia; pero «si ella juraba por el sol que éste la había embarazado, debían mantenerla con vida hasta que pariese, y después sepultar á ella sola.» (Velasco. Historia de Quito). Aseguran los historiadores que nunca faltó á sus votos ninguna vírgen.

(3) *Shiri*, que quiere decir *señor de todos*, fué el título de los reyes de Quito. Este reino, cuyos orígenes no es posible fijar con exactitud, dícese que fué establecido por *Quitu*, de donde le vino el nombre. En época remota fué conquistado por los *Shiris de Cáran*, cuya dominación duró mucho, y durante ella puede decirse que maduró y se consolidó su poder, por lo cual no parece impropio decir qué Quito llegó á ser su patria.

(4) *Amunta*, astrólogo. *Amauta*, filósofo, sabio, botánico. Los *amuntas* y los *amautas* eran respetadísimos y se les confiaba regularmente la educación de los óvenes.

(5) *Inti-raimi*, fiesta del sol. Se la celebraba por el mes de Junio, y era una de las más solemnes.

(6) *Pachacámac*, el que anima el universo. Tal era el nombre que los indios del Perú y Quito daban al verdadero Dios, á quien llamaban también *Dios no conocido*. Jamás hicieron estatua ni pintura que le representase, y ni aún se atrevían á nombrarle, sino con

muestras de gran temor y veneración, y sólo en caso de grave necesidad. Los peruanos le dedicaron un rico templo en el valle que aún lleva el nombre de *Pachacámac*.

(7) Cacha, último *shiri*, hijo de Hualcopo-Duchicela y padre de Paccha, murió en la batalla de Atuntaqui por los años de 1487. Con su muerte se coronó la conquista de Quito por Huina-Cápac, y éste afirmó su poder tomando á Paccha por esposa, la cual fué proclamada heredera de su padre y por tanto reina legítima de Quito. El matrimonio del inca con ella fué, pues, un acto de política muy oportuno para terminar la guerra y quedarse de soberano del reino que acababa de conquistar. Cacha se defendió con justicia y sostuvo sus derechos con extraordinaria energía; pero fué de carácter violento y temerario.

(8) *Túmbal*, el Marte de los indios de Quito, y á quien habían consagrado un templo en la isla Puná. El dios y sus aras estaban frecuentemente bañados con sangre de prisioneros, hasta que Senaina-Cápac abolió tan bárbara costumbre.

(9) *Uiracocha*. El príncipe Inca-Rípac, hijo del inca Yahuarhuácac, ó llorador de sangre, VII soberano del Perú, tuvo una visión ó sueño en que un fantasma le reveló ciertas cosas relativas al imperio y que se cumplieron, se dice, al pié de la letra. El fantasma, á quien adoraron desde luego como á una nueva divinidad, se llamaba Uiracocha, nombre que Inca-Rípac

tomó en su coronación. Aseguran algunos historiadores que este príncipe predijo la conquista de su imperio, y los españoles, bien sea por esto, ó porque se pareciesen al fantasma en el traje, barba, etc., fueron al principio mirados como séres sobrenaturales y llamados *Uiracochas*. Nuestros indios llaman así todavía á los blancos.

(10) «Y ensalza á la deidad que allá se emplea
Del alto cielo en derramar las aguas.»

Las creencias de los antiguos indios eran frecuentemente poéticas; entre ellos era notable y delicada, á mi juicio, la que colocaba en las nubes una divinidad dulce, virginal y simpática, á cuyo imperio estaban sujetas las lluvias benéficas. Tenía un hermano de carácter maligno, y cuando éste le rompía los cántaros sobrevenían las tempestades. Llamábanla *Ñusta*, título de las doncellas de sangre real. Garcilaso de la Vega ha conservado unos versos en que la celebró un *haravico*. Yo he tratado de imitarlos en la melodía indígena que lleva por título *El Numen de las lluvias*.

(11) *Yaraví*. Las tonadas llamadas *yaravíes* son popularísimas en el Perú y el Ecuador. Generalmente tristes, se adaptan muy bien á la índole melancólica de la raza americana, sin dejar de ser agradables áun para los descendientes de la española y para los mestizos. No hay pueblo ecuatoriano ó peruano en que no se use el *yaraví* en las serenatas, y es inexplicable la sensación de dulce tristeza que se experimenta al oirlo de

un *rondador* (especie de flauta de Pan, compuesta de varios tubos) ó de una guitarra, en altas horas de la noche, bajo un cielo limpio y sereno y á la luz apacible de la luna. *Yaravi* es palabra de uso tan común y antiguo en nuestros pueblos, que bien merecía la honra de ser incluida en el Diccionario de la Academia, como, si no me engaño, la puso en el suyo don Vicente Salvá.

Los antiguos indios gustaban también de las serenatas, como lo prueba Garcilaso de la Vega.

(12) *Tola*, sepulcro de los antiguos quiteños, de figura medio cónica y labrado de sólo piedras y tierra. Sepultaban los cadáveres con los instrumentos, alhajas y áun alimentos que fueran de más gusto para la persona que ponían bajo la *tola* en cuanto moría. La chicha y los manjares eran renovados con frecuencia por medio de un conducto abierto hasta el fondo del sepulcro. Hoy son muy raros éstos, ya porque los conquistadores y sus descendientes los han destruido buscando tesoros, ya porque han desaparecido en los terremotos ó por otras causas.

(13) *Molle*. Arbol de regular magnitud, muy frondoso, de hojas largas, menudas, pegajosas y de color verde claro y olor acre y punjente, que cuelgan en forma de pequeñas palmas. El fruto es redondo y del grueso de la pimienta, rojo y en racimos semejantes á los de la uva. El tronco, espontáneamente ó por incisión, despide una resina blanca, melosa y de olor fuer-

te. Fué árbol en otro tiempo muy estimado de los indios, que hacían uso de las hojas y resina en diferentes medicamentos, y empleaban la película de la simiente en las bebidas. Hoy nace y crece en los lugares incultos, y abunda especialmente en el centro de la provincia Tungurahua. Cuando se le cría con cuidado, es bellísimo como árbol de adorno.

(14) *Panecillo*, nombre español dado al montezuelo que se alza al sur de Quito, á causa de su figura. Los indios lo llamaban *Yahuira*, y en su cima se hallaban el templo del sol y las columnas gnomónicas, que servían para las observaciones de los *amuntas* ó *amautas*.

(15) Para el nombre *Acllai* ó *Acllahuasi* véase la nota 2.

(16) *Amancay*. Especie de azucena; las hay silvestres y comunmente son blancas.

(17) «Es más que la miel sabrosa
Que vierte el maguey herido.»

Sabido es el uso que los indios hacen del maguey ó agave americano; sin embargo, en el Ecuador no se fabrica el pulque como en Méjico, y la miel *(chahuarmishqui)* la emplean en sus comidas solo los indios.

(18) *Huma-raimi* se llamaba la fiesta anual en que se celebraban todos los matrimonios.

(19) Solía ser muestra de grande estimación que el inca daba á sus más nobles vasallos, el convidarlos á sus festines, brindar con ellos, obsequiarles la *coca*,

que usaban solamente los príncipes, y aún darles sus vestidos, que, como se ha dicho, eran tejidos, cosidos y bordados por las vírgenes del Sol.

(20) *Apusquipay*, el que mandaba un gran número de tropas ó todas ellas; equivalía á generalísimo.

(21) *Coillur*. Constelacción de las Pléyades, según el P. Velasco; Garcilaso dice que era el nombre común de las estrellas.

(22) «Hijo del grande Cóndor.» Las principales familias indias creían descender de aves, fieras, montes, etc., y de ello se enorgullecían. Antés que Manco-Cápac trajese el culto de los astros al Perú, y que los *shiris de Cáran* lo introdujesen en Quito, estos pueblos sumidos en rudísima barbarie tenían por dioses los animales, montes, rios, y otros objetos de la naturaleza. Esta idolatría primitiva llegó á desaparecer con la cultura que trajeron aquellos conquistadores; pero quizás, abolido el antiguo culto, los *incas* y *shiris* consintieron y aún fomentaron por política, pues les convendría halagar la vanidad de sus nuevos súbditos, la idea de que los ascendientes de éstos fueron los séres que habían adorado.

(23) La fiesta de *Anta-situa* era marcial, como se indica en el texto, y á ella concurrían todos después de haberse preparado con ayunos y ceremonias religiosas, como se preparaban para las demás. Parece que los disfraces y bailes que con el nombre de *danzantes* usan todavía los indios, especialmente en la festividad del

Corpus y en *Cuasimodo*, son reliquias del *Anta-Situa*.

(24) *Curaca*, señor de un estado.

(25) *Ñusti*, noble, especialmente la persona de sangre real.

(26) *Quinde*, Nombre quichua, y aún hoy popular, del colibrí.

(27) «Tú *Huaca* será mi *Huaca*,
Tu *Vilca* será mi *Vilca*.»

Los *Huacas* y los *Vilcas* eran los dioses domésticos de los indios, como los Penates de los romanos, y les erigían altarcillos en las casas. *Huacas* llamaban también los templos y otros lugares sagrados.

(28) *Alverjilla* ó *arvejilla*, planta enredadera, semejante á la de la arveja común, pero más grande; produce una flor bellísima y muy fragante; su color es variado, pero comunmente es roja.

(29) *Penco*, la hoja del maguey y la cabuya, y que los indios hacen servir á manera de teja para cubrir sus barracas.

(30) El *higuerón* es uno de los árboles más corpulentos de nuestras selvas. En su tronco ó en sus ramas como en las de cualquier otro árbol, se cría el parásito, cuyos mimbres descienden como delgadas cuerdas hasta el suelo; una vez arraigados en él, se desarrollan con rara vivacidad y fuerza, enlazan y matan el árbol que les ha dado la vida, y queda triunfante el *matapalo* que casi siempre llega á una robustez y altura desco-

munal. Creo inútil aumentar en una leyenda como la presente, el número de notas esplicativas de árboles, arbustos y flores. El texto se comprende bastante bien sin ellas. El lector curioso puede consultar el opúsculo *Juicio imparcial sobre La Virgen del Sol, por Fray Vicente Solano. Cuenca, 1861.*

(31) *Puma.* Nombre quichua del león. Aún lo conservan los indios.

(32) *Jora.* Maiz germinado con se fabrica la *chicha*, bebida favorita de los indios.

(33) *Supay.* El diablo. Los indios de las selvas de Oriente le dan el nombre de *Mungia.*

(34) *Saramajo.* Arbol que da una resina blanca del mismo nombre, que tiene olor semejante al incienso cuando se le quema.

(35) *Churu.* Caracol. Soplado por el conducto que se le abre en el vertice, da un sonido monótono y fuerte. Era instrumento marcial de los indios, y hoy lo usan en algunas partes para animarse en los trabajos en común, lo cual llaman *minga* ó *chaco.*

(36) *Palla*, princesa, aún soltera, de la familia de los incas.

(37) Huascar, primogénito de *Huaina-Cápac*, cayó prisionero de su hermano Atahualpa en la batalla de Quipáipan, por Abril de 1532. El vencedor fué proclamado inca soberano del imperio que había poseido el padre común, esto es, Perú y Quito unidos. Una flocadura carmesí que rodeaba la cabeza, y una pluma de

curiquingui, ave sagrada de los incas, eran las insignias del soberano del Perú, y una gran esmeralda al pié de un magnífico penacho, la de los *shiris* ó reyes de Quito.

(38) «De sueño secular el Cotopaxi
Al estridor de la conquista vuelve.»

Es seguro que el Cotopaxi hizo muchas erupciones antes de la conquista; pero quizás llevaba siglos de no mostrar actividad, cuando vino á aterrar á los moradores de sus vecindades, y aún de lejanas tierras con la erupción que hizo en los días en que los españoles conquistaban el reino de Quito. El haber asegurado los indios que el suceso estaba pronosticado como señal del término de su poderío, puede que fuese ocurrencia de esos días ó poco posterior; pues los indios, como todo pueblo sencillo, han sido siempre inclinados á lo misterioso y á dramaticar los hechos más naturales.

(39) . . . . «En Cajamarca suelta
Su voz Valverde, etc.»

Según la historia, el P. Valverde dió á Atahualpa el Breviario ó los Evangelios, diciéndole que allí encontraría la explicación de los puntos religiosos de que le había hablado; el inca aplicó el libro al oido, y al ver que no le decía nada, lo arrojó al suelo. El P. gritó entonces encolerizado: «¡Alarma, cristianos, que este perro arroja los Evangelios de Jesucristo!» y levantó el Crucifijo; á cuya señal acometieron los españoles á la multitud é hicieron espantosa carnicería en

ella. Todo lo dicho en este trozo de la Leyenda y en algún otro es, pues, rigurosamente histórico. Es necesaria esta advertencia, porque en España y aún hoy en América, no faltan personas quisquillosas que toman como ofensa á la madre patria el recuerdo y la condenación que alguna vez se hace de las injusticias y crueldades de la conquista, como si en España mismo faltasen escritores que las han condenado. El autor de esta obrita, que se precia de descender de españoles, se precia tambien de ser siempre respetuoso para con la verdad histórica, y de no haber dejado que penetren nunca en su corazón las prevenciones injustas y hasta pueriles ni el odio salvaje que se atribuye á algunos americanos respecto de los españoles. Cuando es preciso hablar de lo pasado, lo hace con toda verdad; cuando se ve en la necesidad de elogiar ó vituperar las acciones de los hombres, lo hace sin extralimitarse de lo justo. Hijo de España, tiene por ella simpatías y respeto; americano, ama á la América con entusiasmo; pero hombre de bien, ante todo, idolatra la verdad y la justicia y las rinde sincero culto.

(40) *Mitimáes*. Dábase este nombre á las familias y á los individuos que, por órden del Inca, se trasladaban de un pueblo á otro á establecerse en el. La política de los Incas trató siempre de unificar la raza de sus vasallos, borrando toda diferencia de lengua, religión, costumbres, leyes, etc.; y para esto se valieron de la medida indicada y de otras, propias del absolu-

tismo, que era el alma de su gobierno. Parece que consiguieron su objeto, pues en tiempo de Huaina-Cápac, excepto quizás en la lengua que conservó, al precer, la variedad del dialecto, la unidad del imperio fué admirable.

(41) . . . . «Llenas las copas
Bebieron del licor que causa sueño,
Y que el astuto Rumiñahui hiciera
Adrede preparar, la ley rompiendo.»

El hecho es histórico. Los Incas, que cuidaban mucho de la moralidad de las costumbres, habían prohibido bajo penas severas la preparación y uso de bebidas que embriagan y embrutecen.

(42) *Huirochuro*. La siguiente descripción de este pájaro bellísimo, es exacta: «Es del tamaño de la mirla, con la cabeza grande y el pico grueso y negro. Todo el es de color amarillo, con manchas negras y blancas en las alas. El canto natural, que es de voz alta, compite con el del ruiseñor, teniendo varias diferencias altas y bajas, bellísimas. Nunca se domestica cogido grande, y aún criado desde tierno es indomable y furioso.» (Velasco, Hist. de Quito). Sólo en el elogio del canto el P. Velasco no está en lo justo, pues no es tan agradable.

(43) *Coya*, reina; la primera esposa del Inca, que era regularmente su propia hermana.

(44) *Lliquino*, uno de los rios auríferos de la región oriental del Ecuador.

(45) La *bandurria*, ave que vive en los páramos y junto á los nevados. Es del tamaño de una gallina, cuello algo semejante al de la garza, zancas amarillas y pluma cenicienta. Se hallan bandadas de seis, doce ó más, y son compañeras fieles hasta la muerte: cuando cae una al tiro del cazador, las demás voltean á poca altura de ella, mostrando inquietud y gritando cual si quisieran animarla á levantarse y volar. Esta constancia imprudente por salvar á una compañera, suele costar la vida á muchas otras.

(46) *Uillac-uma*, gran sacerdote del sol.

(47) En la primera edición de esta Leyenda se hacía desaparecer á Rumiñahui entre las quiebras del monte de este mismo nombre, que según el historiador Velasco lo había recibido de aquel tirano. Como se indica en una nota de aquella edición, el doctor don José Fernández Salvador tuvo conocimiento del fin de Rumiñahui, á quien ahorcaron los españoles; pero yo quise atenerme al relato de Velasco. Posteriormente el doctor don Pablo Herrera, mi amigo, infatigable investigador de nuestra historia antigua, ha venido á confirmar el dicho del doctor Fernández Salvador, con haber descubierto el acta del juzgamiento y muerte de *Orominavi*, alteración de *Rumiñahui*. Esta manera de desfigurar los nombres *quichuas* era común entre los conquistadores, y de ello nos dan muestras repetidas los historiadores de indias de aquellos tiempos. En cuanto á la circunstancia de haber dado Rumiñahui su

nombre á la montaña, me inclino á creer que fué lo contrario, esto es, que el indio tomó el de ella. ¿Quién sabe si, conforme á la creencia de esa gente, Rumiñahui no se creía descendiente de esa eminencia volcánica de los Andes, conocida aún con su nombre?

NOTAS Á LAS MELODÍAS INDÍGENAS

(Las notas anteriores esplican muchos nombres y hechos de estas poesías, por lo cual no se repiten sus aclaraciones).

(48) *Nandú*. Abestruz.

(49) Los Incas solían poner delante de los templos del Sol magníficos jardines, en los cuales se admiraban plantas, flores, frutas, aves, etc., labrados de oro y plata. (Véase á Garcilazo Inca) A estos jardines se alude en los versos del texto.

(50) *Llauto* ó *llauta*, insignia del inca reinante. Consistía en una flocadura púrpura que le rodeaba la cabeza. La insignia de los soberanos de Quito era una esmeralda.

(51) Poco tiempo después de conquistado el reino de Quito por el inca Huaina-Cápac, el régulo de Puna le invitó á que pasase con los nobles y guerreros que

le acompañaban, á su residencia en aquella isla, para festejarlos como amigo; éstos se adelantaron, y en la travesía fueron sorprendidos y asesinados. Huaina-Cábac atacó á mano armada al régulo y demás traidores, los venció é hizo en ellos terrible escarmiento.

(52) *Puriúa*, nombre quichua de lo que es hoy provincia del Chimborazo. En este territorio, que un tiempo constituía un estado indio independiente, tenian los incas palacio suntuoso y jardines. A una jornada de *Ric-pampa* (hoy Riobamba) está la llanura de *Tiocajas*, en donde se dió la batalla á que alude el texto.

(53) *Cuzco*, capital del imperio peruano fundada por Manco-Cápac. Huina-Cápac, conquistado el reino de los Shiris, prefirió residir en Quito.

(54) Con la muerte del *shiri* Cacha en la batalla de *Hatun-taqui*, quedó terminada, más no segura, la conquista de Huaina-Cápac. Este, hábil político como egregio guerrero, la dió firmeza con honrar noblemente la memoria de Cacha, tratar bien á sus soldados vencidos, y casarse luego con Paccha, hija del shiri y heredera del trono.

(55) *Tumipampa*, ciudad notable en las inmediaciones de Cuenca, la cual fué arrasada en las guerras civiles de los incas Huascar y Atahualpa. Este no fué nada feliz al principio de ellas y cayó prisionero en *Tumipampa;* mas pudo fugarse de la prisión, y sus vasallos tuvieron este hecho como prodigio obrado por el Sol á favor de su descendiente.

(56) El hecho en que se funda este poeta es histórico: Cori se suicidó de dolor el dia en que trajeron á Quito el cadáver de su esposo Atahualpa.

(57) Grande lago *(Hatun-Cocha)* ó Lago madre *(Mama-Cocha)* llamaban los indios al mar. Al principio de la conquista creían que los españoles habían nacido de él.

(58) «De acicalado cobre ancha cuchilla.

Los indios no usaban el hierro en sus armas y herramientas, aunque parece que no les era desconocido, sino el cobre, la piedra, el hueso y las maderas duras, como la *chonta*.

ÍNDICE

		Pág.
Prólogo.		VII
La Vírgen del Sol.—Primera parte. La inspiración.		17
I	Preliminares.	21
II	Misterios nocturnos.	24
III	La Familia de Humán.	36
IV	El sí de la Novia.	45
V	La Fiesta de Antasitua.	54
VI	Toa y su Padre.	68
VII	La Caza.	76
VIII	La Tempestad.	87
IX	Elección imprevista.	95
X	La Vírgen del Sol.	109
XI	¡Tarde es ya!	122
XII	¡Venganza, no más amor!.	131

SEGUNDA PARTE

		Pág.
I	El Furor de la Venganza.	143
II	El Pastor Fingido.	158

MELODÍAS INDÍGENAS

	Pág.
A Cori desdeñosa.	303
Tus ojos.	305
Las Prendas.	306
La India orgullosa.	308
Letrilla.	311
El Mitimáe.	314
El Fuego nuevo.	317
Al Numen de las Lluvias.	319
Las dos Tórtolas.	321
Los Amancayes.	325
Llanto del alma.	329
Amor perdido.	331
El Ave de la Tola	334
La Tola volcada.	337

Pág.

Atauchi el Huérfano. 339
La Madre y el Hijo. 346
Canto fúnebre. 350
La Fiesta de los Muertos. 353
Despedida del Guerrero. 356
Huaina-Cápac. 358
Himno de las Vírgenes del Sol. 365
Muerte de Cori. 371
Notas. 381